

DAVID ARMITAGE, *Foundations of Modern International Thought*, Cambridge University Press, New York, 2013. 300 páginas.

La paráfrasis con la que David Armitage titula esta colección de ensayos, tomando como referencia el célebre *The Foundations of Modern Political Thought* de Quentin Skinner, pone de manifiesto una de las principales reivindicaciones de este trabajo: la superación del nacionalismo metodológico en la historia de las ideas políticas. Esto no significa que el autor — formado en la órbita del propio Skinner— tenga intención de *matar al padre*, puesto que el sustento fundamental de su análisis sigue siendo profundamente contextualista. Sin llegar a abandonar esta corriente, la principal aportación de Armitage, profesor de Historia en la Universidad de Harvard, es tratar de encuadrar su historiografía intelectual en unos postulados más abiertos que, en la medida de lo posible, superen las fronteras espaciales a las que están sujetas las Ciencias Sociales.

Experto en la formación de los Estados modernos, el autor ha desarrollado buena parte de su obra analizando diferentes materias como la evolución de los grandes imperios marítimos y las Declaraciones de Independencia. Siguiendo sus propias palabras, *Foundations of Modern International Thought* tiene como objetivo cerrar una atípica trilogía que empezara con *The Ideological Origins of the British Empire* en el año 2000 y siguiera con *The Declaration of Independence: A Global History*,

en 2007. Si en la primera obra trazó los fundamentos ideológicos de la relación entre protestantismo e imperio en materias como las teorías de la propiedad, la libertad y la economía política; en la segunda se centró en analizar el impacto internacional de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. En este libro, Armitage tiende un puente entre ambas perspectivas, tratando así de superar determinados lugares comunes y clichés asimilados en torno a figuras y fenómenos importantes en los orígenes de la teoría de las Relaciones Internacionales, a través de un análisis que va de lo particular a lo general, según su manera de concebir la historiografía.

La estructura divide claramente los ensayos: los tres primeros están destinados a fijar el contexto y el marco metodológico del que parte Armitage, el “giro internacional de la historia intelectual” (p. 17). En esta parte sostiene que nos encontramos quizás ante el movimiento historiográfico “más transformador desde el ascenso de la historia social en los sesenta y el giro lingüístico de los setenta” (p. 18)<sup>1</sup>: los historiadores están orientándose cada vez más hacia estudios de corte internacional, transnacional, comparativo o global. Trascender una perspectiva sesgada por las fronteras del Estado-nación es el principal objetivo de esta corriente, que

---

<sup>1</sup> “[T]his international turn represents perhaps the most transformative historiographical movement since the rise of social history in the 1960’s and the linguistic turn of the 1970’s”.

trata de dar salida a las aporías que suponen, en muchas ocasiones, las historias centradas en dicho marco<sup>2</sup>. A priori puede cuestionarse cómo un autor que pretende superar un enfoque nacional trata de clarificar precisamente los elementos internacionales, en cierta manera, asumiendo el concepto que pretende negar. Sin embargo, tal categoría nunca ha tenido la misma carga semántica. El libro refleja cómo, cuando Jeremy Bentham (1748-1832) acuñó en 1776 la palabra “internacional” como “rama de la jurisprudencia que se ocupa de las transacciones mutuas entre soberanos como tales”, lo hizo precisamente para plantear una alternativa a la tradicional “ley de naciones” (p. 179).

La segunda parte de la obra consta de dos epígrafes: el primero, destinado al siglo diecisiete y el segundo, al siglo dieciocho. En ellos, se dedica al análisis del pensamiento de distintos teóricos, con el objetivo de testar si merecen o no ser incluidos en el canon de estudio del pensamiento internacional y, en caso afirmativo, en qué condiciones. De esta manera, se adentra —en el sentido más internacional posible— en la vida y obra de autores de la talla de Thomas Hobbes (1588-1679), John Locke (1632-1704), Edmund Burke (1729-1797) o Bentham. Es conveniente resaltar, vista la obra en términos genera-

les, la irregularidad con que se aborda a los distintos pensadores: de los diez ensayos de los que se compone el libro, tres están dedicados a analizar en profundidad a Locke, mientras que se hacen cortos los novedosos planteamientos con los que Armitage analiza al resto de filósofos.

El capítulo “Hobbes and the foundations of modern international thought” parte de una paradoja concreta: ¿cómo es posible considerar que la teoría internacional de Hobbes sea marginal respecto de sus preocupaciones centrales y, sin embargo, se le reconozca como el padre de la teoría realista de la anarquía internacional? Tratando de dar respuesta a esta cuestión, el historiador británico repasa todas y cada una de las referencias de Hobbes a lo largo de su obra acerca de las relaciones entre Estados, llegando a la conclusión de que se ha producido una cooptación de las ideas del teórico inglés por parte de los proponentes del discurso de la anarquía en las Relaciones Internacionales. La clave reside en que el pensador de Malmesbury no defendió directamente una concepción anárquica de las relaciones entre Estados, ya que incluso reconoció la limitada utilidad analítica de la analogía entre individuos y personas internacionales en un estado de naturaleza, que es la base principal de la teoría realista anárquica.

---

<sup>2</sup> Por ejemplo, tal y como señala Armitage en una entrevista realizada en 2011 (Gabriel ENTIN, “La interconectividad del pasado debería hacernos más humildes ante la globalización del presente”: *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, <http://nuevomundo.revues.org/6272> [puesto en línea el 29 marzo 2012]), tendemos a ver la globalización como un fenómeno reciente conforme a nuestra perspectiva en la que la nación es la comunidad de pertenencia y, sin embargo, a cuenta de las propias historias nacionales obviamos la apertura y conciencia interconectada y global propia de épocas anteriores. *Foundations of Modern International Thought* busca, sin duda, abordar de lleno esa inquietud del autor.

En este sentido admitía que:

Aunque los Estados podían ser tan miedosos, vanidosos y competitivos como los individuos en sus relaciones con los otros, no eran vulnerables en el mismo grado ni su existencia era tan frágil (p. 72)<sup>3</sup>.

El extenso estudio de Locke, repartido en tres ensayos, es quizá la mayor muestra de capacidad analítica de Armitage. Para realizarlo, se vale tanto de un amplio abanico de fuentes secundarias como de un rastreo impecable de la vida y los escritos —incluso los manuscritos no publicados o la correspondencia— del propio autor. Frente a la concepción que lo presenta como un teórico del imperio y colonialista, Armitage trata de relativizar tal interpretación presentándolo como un defensor de la comunidad o del Estado (p. 125), máxime en comparación con otros contemporáneos como Samuel Von Pufendorf (1632-1694) (p. 116). Locke fue malinterpretado a consecuencia de dos tendencias, una histórica y otra textual: por una parte, sus argumentos han sido tradicionalmente utilizados por quienes promovieron la expansión más allá de Europa justificando la expropiación de pueblos indígenas. Por otra parte, la interpretación de dichos argumentos acusa una importante falta de consideración del contexto. En este sentido, crítica por ejemplo la lectura de Locke por

parte de John Rawls (1921–2002) que, aunque aguda, se valió únicamente del Segundo Tratado de los *Dos tratados de gobierno*, “en lugar de excavar en otras fuentes de reflexión y debate” (p. 88)<sup>4</sup>.

La idea fundamental que se extrae de los ensayos sobre Hobbes y Locke es, por tanto, el énfasis de Armitage en combatir los tópicos aprehendidos por interpretar el pensamiento de los autores clásicos de una manera universal a partir de sus escritos canónicos, sin analizar con precisión otro tipo de referencias de sus obras o biografías que pueden matizar e incluso invertir las concepciones generalmente asumidas. El historiador que en libros anteriores pusiera de manifiesto, por ejemplo, las conexiones internacionales de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos analizando aspectos como la procedencia de la tinta, el papel del documento original o la nacionalidad de la imprenta, en esta ocasión, también emplea fuertes dosis de detallismo al abordar ideas en lugar de procesos históricos. Especialmente revelador a este respecto es el minucioso recorrido por la vida profesional de Locke, con el fin de contrastar las alusiones que hizo a las relaciones entre Estados en cada momento concreto de su trabajo en el mundo colonial.

En el subepígrafe dedicado a las teorías del siglo dieciocho, Armitage parte del ensayo “Parliament and international law

<sup>3</sup> “[H]e acknowledged that, though states could be just as fearful, vainglorious and competitive as individuals in their relations with one another, they were not vulnerable to the same degree nor was their existence as fragile”.

<sup>4</sup> “[L]ike almost all the handful of subsequent scholars who have sought such a theory, he confined himself to searching the Second Treatise alone, as if to confirm the apprehension that international thought can only be excavated from within the canon of political thought rather than by supplementing it with other sources of reflection and debate”.

in eighteenth-century Britain”, una suerte de continuación de *The Ideological Origins of the British Empire* en el que expone las complejas tensiones entre el Parlamento, la prerrogativa real y la duradera separación entre el derecho interno y el derecho internacional. Posteriormente, vuelve a centrarse en un autor concreto abordando la obra de Burke, personaje idóneo para justificar el rechazo a las taxonomías tradicionales de la teoría de las Relaciones Internacionales: porque, ¿cuál sería el lugar de este teórico dentro de las corrientes identificadas desde Martin Wight (1913-1972)? ¿Fue un realista, un idealista, un racionalista o un revolucionario? “El hecho de que Burke eluda tan obviamente una definición pone en duda la utilidad analítica de las definidas como ‘tradiciones’ de la teoría internacional” (p. 154)<sup>5</sup>. Su indefinición da pie a Armitage para desarrollar un análisis libre, que no depende de una hipótesis concreta, pivotando alrededor de la relación entre la noción de *razón de Estado* y el pensamiento del autor dublinés.

En el ensayo dedicado a Bentham, “Globalising Jeremy Bentham”, plantea la necesidad de “excavar” (p. 174) para encontrar los elementos de la visión global del creador de la expresión “internacional”, un autor que a juicio de Armitage ha sido ignorado en el campo de las Relaciones Internacionales. Este capítulo es, de nuevo, una gran lección de contextualismo de calidad. Por un lado, reconstruye el pensamiento de Bentham a partir de gran

cantidad de manuscritos sueltos, puesto que muchos de sus trabajos no fueron publicados y gran parte de los que sí lo fueron, sufrieron modificaciones de los editores; así mismo también desarrolla sus planteamientos universalistas, orientados a la creación de un código de derecho internacional a partir de las ideas a las que se dedicaron algunos de sus seguidores, como su editor y discípulo Étienne Dumont (1759-1829) o su “heredero escéptico” (p. 187) John Austin (1790-1850). Por otro lado, delimita algunos aspectos de su visión en contraposición con otros autores contemporáneos como Robert Ward (1765-1846) o James Mackintosh (1765-1832). La idea fundamental que subyace a la reconstrucción universalista de Bentham por parte de Armitage es separar su visión de posibles nexos con el colonialismo, hecho que caracterizó a algunos de sus seguidores utilitaristas, que terminaron por promover un universalismo de carácter particularista.

Por último, los dos ensayos finales ahondan en la construcción práctica de los Estados y sus fundamentos teóricos: “The Declaration of Independence and international law” se centra en el paso de imperios a Estados-nación y “Declarations of Independence, 1776-2012”, plantea una reflexión omnicompreensiva acerca de este tipo de documentos, hasta culminar en Kosovo. Armitage despliega una gran capacidad de síntesis aun reconociendo la dificultad para sacar una conclusión general. Además, se atreve a entrar en debates

---

<sup>5</sup> “[T]he fact that Burke so obviously eludes definition puts in doubt the analytical utility of closely defined ‘traditions’ of international theory”.

actuales. Como ejemplo sostiene que, por muy agresiva que fuera la política exterior norteamericana desde 2001, no puede ser relacionada con la noción de *imperio*. A pesar de ello, “nuestro mundo actual aún está marcado por legados post-imperialistas” (p. 215), y en él permanecen prácticas imperiales, como se puede ver en el tratamiento de los pueblos indígenas o en la promoción del multiculturalismo.

En definitiva, estamos ante una obra que busca abiertamente encontrar las grietas de los cimientos “globales” generalmente asumidos en la historia del pensa-

miento político y sin duda las encuentra, por lo que es de esperar que algunas de sus interpretaciones causen controversia. Armitage, un historiador que se maneja con maestría en el complejo arte de mostrar su erudición sin llegar a cruzar la raya de lo profuso y superficial, encuadra esta búsqueda en un modelo muy concreto de historiografía, consiguiendo que, en última instancia, el método no desvirtúe el trabajo del autor.

HÉCTOR DOMÍNGUEZ